

— Serie From New York, 2 —

CRISTINA PRADA

FROM
NEW YORK

Electric

*From New York.
Electric*

Cristina Prada

Esencia/Planeta

© Cristina Prada, 2022
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Diseño de la cubierta: idea original de Tiaré Pearl
© Imagen de la cubierta: Shutterstock

Primera edición: septiembre de 2022
ISBN: 978-84-08-26208-4
Depósito legal: B. 12.753-2022
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.
El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.



Meisy

—No —respondo con vehemencia, negando al mismo tiempo con la cabeza.

—Sí —replica mi hermano. ¿Acaso no le ha impresionado lo clarísimo que lo tengo?—. Y siempre va a ser sí, Meisy.

Confirmado: no le ha impresionado lo más mínimo.

Lllaman suavemente a la puerta principal de mi apartamento y, casi en el mismo segundo, empuja la madera despacio y entra.

—Me marchó, señor Avery-Cotton —le anuncia a mi hermano.

Él asiente sin girarse del todo, una inclinación a medio camino entre un movimiento afirmativo y un gesto amable.

—Muchas gracias por todo, Anthony.

Ahora es este quien asiente, profesional, al tiempo que se abotona la chaqueta de su impecable traje negro. Me dedica una mirada, puede que poco amigable, y yo me hundo en el sofá llena de culpabilidad antes de emerger de mis cenizas y levantarme de un brinco.

—Buena suerte en tu próximo puesto —le digo, y se lo deseo de corazón.

Tal vez haya convertido su vida en un infierno las últimas setenta y dos horas, no me siento orgullosa, pero tenía que ha-



cerlo. No necesito una niñera y tampoco la quiero, y mi hermano Archer tiene que entenderlo. Anthony ha sido un daño colateral y lo siento muchísimo, de verdad.

—Gracias, señorita Avery-Cotton —contesta, desconfiado.

—Va en serio —trato de que me crea, dando un paso hacia él—. Vas a estar mucho mejor sin mí.

Hago un mohín que denota lo culpable que me siento en este momento. No soy ninguna niña malcriada ni nada parecido. Solo estoy luchando por mi independencia. Además, sé a ciencia cierta que, en la mansión de Glen Cove, en las oficinas o donde quiera que Archer haya decidido enviarlo, estará más cómodo.

En el fondo, le he hecho un favor enorme.

Él parece pensar exactamente lo mismo que yo, porque una tenue sonrisa se cuele en sus labios.

Francamente, es un poco deprimente que te vean como «el problema del que ocuparse» al llegar y «el problema del que deshacerse» al final.

«Respira hondo, Meisy —me arenga mi voz de la conciencia, obligándome a animarme—. Solo has hecho lo que tenías que hacer.»

—Lo sé, señorita Avery-Cotton —concluye Anthony.

—Llámame Meisy —respondo.

Ahora que ya no es mi guardaespaldas y, por tanto, mi enemigo público número uno, puedo permitirme ser cordial con él.

Su sonrisa se ensancha y gira sobre sus talones, dispuesto a marcharse. Un ruido a mi derecha me sobresalta y Pippa, una de mis mejores amigas y compañera de piso, se pone en pie de un salto.

—¡Te quiero, Anthony! —grita, colocándose a mi lado.

Parece que setenta y dos horas sí que han sido suficientes como para que el amor haya hecho estragos en ella. La culpa es

de la película *El guardaespaldas*. Le ha dado una visión un poco distorsionada de esa profesión.

Leighton, mi otra mejor amiga y compañera de piso, pone los ojos en blanco ante la desmesurada reacción pro-Kevin Costner del mundo de Pippa; digamos que ella es menos... romántica... o quizá es que Kevin Costner no ha interpretado todavía al gremio indicado.

Anthony finge no oír la y se marcha definitivamente. Ella suelta un suspiro a medio camino entre el gimoteo y la decepción más absoluta y se deja caer de nuevo, llena de melodramatismo, en nuestro sofá bajo el bonito ventanal. De eso tienen la culpa las telenovelas de Telemundo.

Mi hermano, espectador de toda la escena, se toma un segundo para dar una pausada bocanada de aire sin levantar los ojos del correo de trabajo que está enviando desde su teléfono.

—¿No podrías ser siempre así de amable con ellos? —me plantea.

—No —suelto sin dudar.

No quiero una niñera. No la necesito.

—Alguien debe cuidar de ti —replica, inmisericorde—. No es un capricho, enana. ¿Te haces una idea de cuántos pirados hay en Nueva York?

—Cojo el metro cada mañana para ir a la biblioteca, conozco el número a la perfección —le rebato, impertinente, cruzándome de brazos.

No sé por qué siempre tenemos la misma conversación. Nunca va a convencerme.

Archer vuelve a resoplar, aunque sigue con la vista en la pantalla de su móvil.

—Necesitas protección —se parafrasea.

—No. No la necesito.

De verdad que entiendo sus motivos para pensar así, y me sé hasta la última coma del discurso que viene a continuación. Nuestro padre, Nathan Avery-Cotton, fundó y dirigió AC Trust, que ahora lidera Archer. Nuestra madrastra, Vivianne Avery-Cotton, fue la segunda mujer en convertirse en juez del Tribunal Supremo del estado de Nueva York. Dinero y poder, una combinación muy propicia para llamar la atención de los multimencionados pirados, y por eso es del todo lógico que mi hermano, mi madrastra, la empresa o la mansión tengan su propio servicio de seguridad y protección, pero es que ellos son ellos y yo soy yo. No trabajo como CEO ni como importantísima funcionaria de primerísimo nivel. Estoy a salvo. Lo más peligroso en mi vida son los *paparazzi* y, aunque solo tengo veinticuatro años, aprendí hace mucho a lidiar con ellos.

—Comprendo que tú tengas protección —automáticamente visualizo a Woods de pie junto al Lexus de Archer, en esa posición que recuerda tanto al «descansen» militar, en la acera frente a mi edificio. Pippa suspira. Creo que ella también lo ha recordado— y también Vivianne, pero yo no lo *ne-ce-si-to* —me reitero, haciendo hincapié en cada sílaba de la última palabra.

Mi hermano se humedece el labio inferior y al fin alza sus ojos grises del teléfono. Está empezando a perder la paciencia. Lo sé. Por tanto, pongo en marcha todas las argucias de hermanita pequeña. Tampoco me gusta comportarme así, pero es otro mal inevitable.

—Por favor —murmuro, poniéndole ojitos de cachorro y juntando las manos.

Archer se mantiene impassible.

Yo ladeo la cabeza.

—Por favor, por favor, por favor —ataco de nuevo, con mi mejor voz de niña buena.

Mi hermano vuelve a suspirar, exasperado, pero una suave sonrisa se cuelga en sus labios. ¡Funciona!

—Por favooooor —estiro ridículamente la o y no tiene más remedio que sonreír abiertamente. ¡Ya es mío!

Su sonrisa se ensancha, y cabecea. Separo las manos con una sonrisa y doy un salto hacia él para abrazarlo. ¡Se acabaron los grandullones con escrupuloso traje negro para Meisy Avery-Cotton!

—Mañana por la mañana, Woods te enviará a alguien nuevo —me comunica cuando nos separamos.

¡Maldita sea!

¡No puede ser verdad! Lo fulmino con la mirada, incluso achino los ojos para darle mayor intensidad al mensaje, pero no surte el más mínimo efecto. Archer estampa sus labios en mi mejilla.

—Te quiero, enana.

Yo hago una mueca y busco a la desesperada otra vez su mirada, pidiéndole en silencio que cambie de opinión... Sobra decir que no sirve de nada.

—Hasta luego, chicas —se despide, llevando su vista a mi espalda justo antes de retornarla a mí un segundo más y, finalmente, dirigirse hacia la puerta.

—Adiós —se despide Pippa.

Leighton no le habla desde... desde ni se sabe.

—¡No me hace falta un guardaespaldas! —grito, enfadada, saliendo tras él.

Soy adulta. Tomo mis propias decisiones. No necesito que nadie cuide de mí.

Archer se detiene cuando ya sostenía el pomo, se vuelve y

me observa una vez más con esa condescendencia que solo saben manejar los hermanos mayores.

—Sí, sí que lo necesitas —sentencia sin dar lugar a réplicas, y sale de mi apartamento cerrando la puerta a su paso.

Durante un instante me quedo en el centro de nuestro salón de nuestro piso en el Village, concentrándome en lo furiosa que estoy ahora mismo.

—Estás perdiendo facultades manejando a tu hermano —se burla Leighton, abriendo la boca por fin, con su habitual sentido del humor a medio camino entre el gris oscuro y el negro más absoluto.

Entorno los ojos de nuevo. El enfado se ha transformado en un plan de actuación.

—El próximo G.I. Joe no va a durarme ni diez minutos —murmuro con malicia.

Esto es la guerra.